

# Y son nombres de mujeres

Antología de escritoras  
zacatecas



ZACATECAS

MUJERES



Letras Zacatecas

Y son nombres de mujeres  
Antología de escritoras zacatecanas



# Índice

	Página
Presentación	
Prólogo	
Brenda Ortiz Coss.....	1
❖ Arrebato.....	1
❖ Tu pecho.....	2
❖ Tú, el dorado.....	2
❖ Terreno Vitruvio.....	3
Sonia Ibarra Valdez.....	5
❖ Ablepsia.....	5
Sara Ortiz García.....	9
❖ Poema I.....	9
❖ Poema II.....	11
Alejandra Padilla Pantoja.....	12
❖ Masculinidad,es.....	12
❖ Genealogía.....	13
❖ Remedio.....	15
Alejandra Rodríguez Montelongo....	17
❖ El bosque.....	17
Ana Lilia Félix Pichardo.....	25
❖ Guerra.....	25
❖ Vuelvo.....	25
❖ Al Tolima.....	26
❖ Confesiones.....	27
❖ Recuento de los años.....	27
Lucina Meza González.....	30



❖ Para morir solo basta desearlo.....	30
Graicy García Lemus.....	32
❖ Crónica sobre mi último divorcio.....	32
Irma Elizabeth Castañeda Candelas..	35
❖ Memorias en metáforas.....	35
Mayola Cruz Flores.....	39
❖ Poema I.....	39
❖ Poema II.....	40
❖ Poema III.....	41
Yamilet Fajardo Veyna.....	43
❖ Sala de emergencias.....	44
❖ Póliza de seguro.....	46
Rebeca Medina Aragón.....	49
❖ En la pared.....	49
Patricia Quintero Rodríguez.....	54
❖ La visita.....	54
Mayra Melanie Macías Madero.....	60
❖ Me levantaré de entre los muertos y vaciaré sus almas.....	60
❖ Apartarás los desechos y enterrarás a tus muertos.....	61
❖ Como ser maldito amarás al hombre.....	62
Alondra Campos García.....	63
❖ Para Abel.....	63
Irene Ruvalcaba Ledesma.....	66

❖ En el bosque.....	66
❖ Brevedad del pez.....	68
❖ Pulso del silencio.....	70
Citlaly Aguilar Sánchez.....	72
❖ Donde zumban las moscas..	72
Elena Cortés Sánchez.....	79
❖ Coincidir (preludio).....	79
❖ Perpetuo.....	81
Chelseae Yarazel Carrillo Carrillo....	83
❖ Las notas.....	83
❖ Letanía.....	84
❖ Dos.....	85
❖ Nombre.....	86
❖ Enamorada.....	86
María Refugio Grey Martínez.....	87
❖ Josefa Letechipía de González. Un eco entre las voces zacatecanas olvidadas.....	87



## Presentación

La conciencia sobre la falta de espacios literarios en los cuales las autoras zacatecanas puedan expresar su pasión y experiencias, motivó que la Secretaría de las Mujeres, del Gobierno del Estado de Zacatecas, hiciera propia la idea de compartir valiosos e importantes textos, y compilarlos en esta obra hecha por Escritoras Libres.

El criterio a seguir para la selección de los textos fue el ser generados por mujeres, quienes en prosa o verso crean lecturas extraordinarias. Las y los lectores de esta antología tendrán la sensación de que nuestras autoras escriben desde la experiencia de la cotidianeidad de sus vidas; un ámbito valioso que realizan escritoras que crean belleza y arte con sus plumas, que destacan porque se atreven y, quieren ser leídas, reconocidas como creadoras.

Para la Secretaría de las Mujeres es un honor promover acciones culturales que muestren el potencial artístico de las zacatecanas y, reconoce el valor que ellas tienen para escribir sus sentires, vivencias y anhelos.

Ya que las mujeres deben estar representadas en todos los ámbitos de la vida, se generan iniciativas que impulsen en el imaginario social, a aquellas quienes a través del estudio, el esfuerzo y su infinita capacidad, manifiestan su derecho a ser, a estar; a ser libres, iguales, autónomas y seguras.

La Semujer agradece la confianza que estas Escritoras Libres tienen para plasmar sus

creaciones en papel; esta publicación es una reivindicación, producto de la coordinación entre la sociedad civil y las instituciones en pro de las zacatecanas que escriben, para que sus obras queden grabadas en la Historia de la Literatura, de la cual también ancestralmente las mujeres han sido excluidas.

Deseamos disfruten de las excelentes lecturas que les llevarán a recorrer un mundo donde los olores, sentimientos, colores, sensaciones y sabores se entrelazan para escribir diversas Líneas Negras y, no tan negras.

**Dra. Adriana Guadalupe Rivero Garza**  
**Secretaria de las Mujeres**

## Prólogo

Las escritoras que reúne esta antología son mujeres apasionadas por la lectura y la escritura, quienes, en su mayoría, no han tenido la oportunidad de compartir sus creaciones mediante la publicación.

Este cuadernillo se ha realizado gracias al trabajo conjunto entre la Secretaría de las Mujeres y el colectivo Líneas Negras, grupos comprometidos con las mujeres zacatecanas, en particular con la difusión de sus escritos, cuyo objetivo es conocer y reconocer la labor que realizan, pues, además de cumplir con ciertos roles sociales preasignados (como ser madres o esposas), dedican gran parte de su tiempo al arte, a las letras.

En el Taller de letras de Líneas Negras, nos dimos cuenta de que la literatura no solo permite apreciar la visión de mundo que tiene la mujer que escribe, sino que la lectura funge como vehículo para que otras continúen con el proceso de escritura creativa, lo que da paso a nuevas producciones.

No obstante que estamos en una época en la que la mujer se ha posicionado en los sectores académico, profesional y cultural, las escritoras aún tienen mucho que hacer para ganarse un lugar en el ámbito literario; a menudo se quedan a medio camino: muchas escriben, pocas publican.



Aquí se conjuntan las letras de la literatura femenina zacatecana actual: Brenda, Sonia, Sara, Alejandra, Ana Lilia, Lucina, Graicy, Irma, Mayola, Yamilet, Rebeca, Patricia, Mayra, Alondra, Irene, Citlaly, Elena, Chelseae y María Refugio: nombres que invitan a adentrarse en su poesía, cuentos o ensayos que pasarán a ser de los ojos de un lector atento.

Se advierte a todo aquel que vuelque la mirada por estas páginas que aquí se apuesta por lo que proponen las portadoras de estos nombres que aparecen sin apellido ni fama, por las líneas que permanecerán grabadas en el papel de esta antología, siempre lista para ser leída.

La diversidad de edades, perfiles y profesiones de las autoras que conforman esta antología proporciona una visión general de lo que se realiza en la literatura regional. Los textos que aquí se reúnen son sólo una pequeña muestra de la vasta producción de literatura escrita por mujeres de nuestro estado. En este cuadernillo confluyen tanto voces que quizá ya son identificadas, como aquellas que encuentran en este espacio la posibilidad de dar a conocer su trabajo por vez primera.

Líneas Negras sugiere al lector que comience por elegir un nombre al azar e invita a hacer una lectura que vea más allá de lo establecido, más allá de los cánones masculinos.

Líneas Negras, junio de 2018







**Brenda Ortiz Coss** (Fresnillo, Zacatecas, 1983), comenzó a escribir poesía desde su niñez y desde entonces lo hace de forma intermitente. Es licenciada en Letras por la Unidad Académica de Letras de la Universidad Autónoma de Zacatecas, maestra en Historia por el Programa de Maestría-Doctorado, asistente del Taller de Crítica y Creación Literaria, coordinado por Juan José Macías, en la misma Universidad y miembro activo del taller Líneas Negras.

## **Arrebato**

A este cielo azul –cielo sin noche–,  
un rayo lo atraviesa mientras despliego las alas.  
Entonces arranco hacia la nada,  
el miedo duerme como un inocente;  
también yo lo concilio porque mi carne es  
transparente  
y mi voz inaudible a medianoche.  
Un viento convulsivo me arrebata,  
azul es mi visión del precipicio.  
La tormenta en mi vientre ha terminado.

## Tu pecho

Tu pecho es un cuadro impresionista  
–gris aperlado marrón sombrío–  
tormenta de arena bermeja,  
pista de mis senos en picada.  
Como de tu tetilla revestida  
mas el vello rehúsa la ansiedad  
de mi lengua vehemente por tu piel.  
Manto de tu cuerpo,  
áspera seda en que restriego este deseo inaudito.

## Tú, el dorado

Adonis trepidante de mi piel:  
contigo no cierro los ojos,  
guardo tus ángulos cual golosinas  
que alimentan a Lolita taciturna.  
Y verte dos veces es no verte  
porque cada vez me llenas los ojos como nunca.  
Itinerante ladrón de composturas,  
riegas esta mata moribunda hasta la flor:  
tengamos un jardín copioso  
en la esquina de una tarde granizada.

## Terreno Vitruvio

No esperé tus palabras  
me bastó la boca  
bailarina de un suelo de lava  
tierra caliente para sembrar obscenidad  
esculpida como el perfil que aguarda frente a mi  
mejilla  
un así un ya  
inteligible halago al movimiento  
Palabras que ocupen tu boca  
vayan al diablo  
la quiero abierta quejosa  
suba al monte de pierna en veredas  
Vi el cuerpo —olvidé la boca—  
ancho y exacto  
cárgate en el mío cuando termines  
levanta otra vez  
tu boca vencida beba cansancio  
eso me queda  
Perdona  
olvidé añorar un beso  
tu cuerpo me distrajo la dulzura  
joya terrena de lomas conexas  
simetría renacentista de un genio  
Ponderada columna que sostienes el arco por en  
medio

congruente dureza que dialoga con las piernas  
–cuarteto de extremidades indecisas  
vuelan o se rajan en el piso–  
Generoso cuerpo que atropella las ascuas  
se te estampa la huella  
superficie de bronce  
oro en la mente del creador  
No pases ya del ducto al conducto  
mira al cielo  
pasea conmigo en la inmóvil marea de un barco  
levitante  
Terreno de piel  
Marmóleo de faz  
Acera los miembros  
Palabras al diablo  
sea tu boca camino de agonías

**Sonia Ibarra Valdez** (Zacatecas, 1985). Es licenciada en Letras y maestra en Literatura Hispanoamericana por la Universidad Autónoma de Zacatecas. Es miembro del taller de creación y crítica literaria de la misma universidad y cofundadora del colectivo Líneas Negras. Ha escrito ensayos y cuentos de diversas temáticas, la mayoría destacados por conectar la narrativa histórica con la literaria.

## Ablepsia

Dicen que los ciegos tienen la capacidad de sentir el mundo. Me consta. El primer infortunio que tuve se relaciona con la ceguera y sucedió en la primavera de 1962, tenía tres años.

Mi madre prácticamente vivía en la cocina, era delgada, morena, de brazos y piernas fuertes, su semblante cansado esbozaba una sonrisa acogedora. Una mañana se dispuso a preparar el *nixtamal*. En un gran recipiente de peltre vació maíz y agua, pero el pequeño bulto de cal estaba vacío. Yo, que siempre fui un niño acomedido, le insistí que iba por ella, mi madre, dudando de mi escuálido cuerpo, accedió advirtiéndome de no tocar el blanco polvo.



Me dio un gran bote y fui a la casa de al lado por el ingrediente. Ese día llevaba puestos una playera de manga corta, un pantalón que me arrastraba y unos huaraches. Iba saltando y pateando pequeñas piedras. Estaba feliz porque era el primer encargo que hacía yo solito. Por la calle pasaba una carreta llena de forraje, las señoras humedecían la tierra del frente de sus casas, los perros echados bostezaban. Todos comenzaban la rutina del día.

Llegué a la casa de don Silverio y le pedí una medida de cal. Él, con sus manos partidas y su rostro enfurruñado, me la puso en el bote, que ahora, además de grande, se había vuelto pesado. De regreso a casa, a medio camino, tropecé con mi propio pantalón. La cal saltó y se esparció en mí y mi alrededor, parecía una gran nube blanca. Mi mamá vio la caída a través de la ventana y de pronto gritó: ¡M'ijo! ¡m'ijo! ¡Lupe, tráeme agua! ¡Rápido!

Me acuerdo que, mientras me bañaban rápidamente, comencé a llorar, sentía como si me estuvieran quemando las manos y la cara. Me ardían los ojos, los sentía arenosos. De pronto no vi nada. Me quedé ciego.

A pesar de las carencias económicas, mis padres me llevaron con dos médicos, ambos dijeron que la ceguera sería permanente. Los primeros días mi madre me abrazaba, yo sólo podía escuchar su

llanto desconsolado. No sentía miedo, no me molestaba la falta de visión. Me divertía. De aquellos días vienen a mi memoria un sinnúmero de sensaciones, sonidos, olores y sabores.

Todo el tiempo lo pasaba cerca de mamá, donde podía vigilarla, siempre en la cocina o en el corral. Adentro, casi todo el día olía a leña quemada, a frijoles cocidos, a tortilla recién hecha, a chile tostado y, algunas veces, a caldito de pollo; afuera, olía a tierra mojada, a hierbas, a animales. Teníamos un toro, un par de vacas, un caballo, un burro, algunos cochinos, borregos, cabras, gallos y gallinas, además, los perros callejeros, de todos y de nadie.

Recuerdo que sabía el momento justo en que llegaba mi padre del campo, podía percibir el agrio y natural aroma de su sudor. Me agradaba. Me saludaba acariciando mi cabeza con sus grandes y ásperas manos. Aunque parecía un hombre serio y rudo, a partir de mi ceguera, cada tarde, me sentaba en sus piernas y me daba una tortilla enrollada rellena de azúcar. Trataba de consolarme.

En la cocina siempre escuchaba el crujir de la leña, el golpeteo de las cacerolas, los pasos de aquí para allá de mamá y de mis hermanos, risas, gritos, llantos. Lo que más me gustaba era oír la música en la radio. En esos días estaba de moda la canción

*Mirando al mar* que mi madre cantaba mientras guisaba.

Cuando estábamos en el corral, los sonidos se multiplicaban con los animales: guau, quíquiriqui, beeee, oink, muuuuu; siempre trataba de imitar el rebuznar del burro y el relinchar de los caballos; lo que más me fascinaba era el trinar de los pajaritos. Me agradaba estar afuera sintiendo la tierra en las manos o el lodo en los pies; acariciar el pelo espeso de los borregos y el pelaje sedoso de las cabras; correr sin tropezarme con los muebles; sentir el mundo.

Mi hermano Jesús, dos años más grande que yo, desesperado de verme con los ojos llenos de legañas, intentó ayudarme cortándome las pestañas. Cuando mi madre se dio cuenta le dio unas nalgadas. Aunque no podía verlo, lo escuchaba sollozar y sentía pena por él.

Meses después, en una fría noche de invierno, así, de repente, noté a mi madre cocinando como siempre, con su bello delantal floreado. Observé a mi padre que me sostenía, giré la cabeza y miré a mis hermanos alrededor del comedor y no dije nada.

**Sara Ortiz García** (Zacatecas, 1965), es cantante y flautista. Egresada de la Universidad Autónoma de Zacatecas, con un posgrado en Interpretación de la Música Contemporánea Latinoamericana en Argentina. Ha realizado múltiples conciertos al interior de la República Mexicana, así como en el extranjero: Cuba, España, Austria, Bélgica, Alemania, Perú, Estados Unidos, entre otros. Actualmente es docente de la Unidad Académica de Artes de la UAZ e integrante activo de los colectivos Hijas de la Luna y Líneas Negras.

## I

pensarte  
    habitarte  
        acariciando

ese un todo  
que me grita ser  
        un nosotras  
y dejarnos en la embriaguez  
del amor  
        ¿miedo?

miedo a no pensarte

a no desnudar tu alma  
a no posarme en tu mirada  
miedo a tenerte y no  
a tener miedo  
miedo a no atrevernos  
a cruzar la línea del deseo  
a que las soledades  
carcoman nuestro instante.

per  
der  
me

bajo tu sábana  
es encontrarme  
en el abismo  
sin saber del sueño  
en el que otra te sueña  
desde ese placer  
en que te mira  
y yo saborear el veneno  
que empapa mi alma  
y desnuda a la locura.

## II

nuestras  
    cuerpas  
        tendidas  
como hechiceras  
de un tiempo  
que no habitamos  
    tú  
        y  
            yo  
espejos en el espacio  
esa celebración  
que acaricia la locura  
y nos habita.  
    yo  
        y  
            tú  
amantas de una noche

**Alejandra Padilla Pantoja** (Calera, Zacatecas, 1992), ha sido criada como mujer entre las latitudes que dividen las altas culturas, del espíritu nómada; la tierra negra y fértil, de la caliza colorada: nació en Irapuato, Guanajuato, pero se hizo en Calera, Zacatecas, donde recibió toda su educación básica y se convirtió en orgullosa estudiante de la Universidad Autónoma de Zacatecas. Allí se licenció como psicóloga social. De ahí se fue, buscando la discusión teórica sobre expresiones religiosas, que encontró en la BUAP, donde actualmente estudia un posgrado en Antropología Social.

## **Masculinidad,es**

Ustedes,

los convexos que con su boca

desafían la condena de su forma,

arránquense los ojos,

ofrezcan su reverso cual sexo mío.

Ustedes son la fuerza,

el unicornio perverso abriéndose paso  
en los rincones del otro.

Ustedes son los animales:

dos lobos

evaluando con la mirada y el olfato

la calentura de su sangre,

dos lagartos luchando por su territorio,

dos toros bufando,

a veces, mariposas.

## **Genealogía**

Cuando te hago el amor,

lo hago también a tus antepasados:

a tu abuelo, a su hermano,

a la discordia.

Beso los ojos de tu madre,

las formas de un pariente lejano



y reverencio la disciplina de tu padre.  
Multiplico los encuentros  
para recorrer tu historia  
y hallar a los culpables:  
¿de quién ése lunar?  
¿de quién las cicatrices?  
¿de quién los sueños?  
De tu abuela  
el perfume amargo que transpiras.  
De mí nada,  
porque no te condujo a la vida mi vientre,  
porque tendrías que venir de ti mismo.  
De mí aprendes  
y por eso hago el amor  
también conmigo.

## Remedio

A usted  
la vida la sorprendió  
con su pierna larga,  
caótica  
y negra,  
la oculta por el deslumbramiento de su luz.

La muerte:  
sigilosa como los amantes,  
maldita,  
como maldito el trabajo de parto.

Piedras gigantes que llevamos en la espalda  
los mortales:  
nos obligan a la vida  
y nos apuñalan  
al mismo tiempo.

Y usted,  
que pareciera fue marcada cuando niña:  
Lolita, Lolis. Lolita, Lolis. Lolita.  
Intentos nuestros para olvidar  
el signo amargo de su nombre,  
Dolores.  
Intentos hechos

para hurtar sus piedras.  
¿Es la develación del caos,  
de la negritud?  
¿Es el drama del ocultamiento?  
¿Es la longitud el problema?

Usted no juega.  
Apuñalada, ya no pierde.  
No se entristece.  
La esperanza  
es un cuento ajeno.

**Alejandra Rodríguez Montelongo** (Zacatecas, 1993), es licenciada en Psicología (2011-2016) y Letras (2012-2017) por la Universidad Autónoma de Zacatecas. En el 2016 estudió un semestre en la UGR, Granada, España. Ha participado en diversos congresos y encuentros como el V Encuentro Nacional de Escritores Jóvenes Jesús Gardea y es autora de los cuentos “Psicotrópicos”, “Doña Emilia”, “Besos Neón”, “La infinita circularidad” y “Había una vez”, publicados en *La Soldadera*, *Cicuta*, *Barca de Palabras*, *Monolito* y en el programa de radio “La hora nacional” respectivamente.

## **El bosque**

Salimos temprano hacia al bosque entre risas y gritos de entusiasmo. Habíamos esperado meses por aquella excursión y ahora no podíamos esperar un segundo más. Cuando el autobús se detuvo, la maestra nos hizo bajar en parejas. Así caminamos a través de los senderos. Al cabo de quince minutos nos detuvimos en un claro donde, después de comer, María propuso jugar un partido de futbol, todos estuvimos de acuerdo y dividimos los equipos. Como siempre el que proponía el juego y el dueño de la pelota eran los

que elegían, yo no era muy bueno, tampoco era el peor, así que no fui de los primeros en ser elegidos, pero tampoco tuve que pasar la vergüenza de ser el último. A veces me daba pena el caso de Héctor, los equipos se peleaban por no tenerlo en el suyo, aún no entendía cómo es que él no se quejaba. Al final, decidimos el grupo de Héctor de la manera más democrática, con un “piedra, papel o tijera” entre María y Sergio, el dueño de la pelota. Todos sabíamos quien ganaría.

— ¡Shin Chan Po, piedra, papel o tijera!

— ¡Gané!

— Claro que no, Sergio. La piedra siempre le gana a las tijeras. Héctor es tuyo.

— Entonces ni yo ni mi pelota jugamos.

— ¡Eso no es justo!

— ¡Sí lo es!

Discutimos hasta convencer a María de aceptar las necedades de Sergio, no era nuevo que él hiciera esa clase de cosas. Resignados a tener a Héctor con nosotros iniciamos el partido. No llevábamos ni cinco minutos de haber empezado cuando Héctor voló la pelota. Enojada, María fue a buscarla, así ocurrió otras dos veces hasta que cansada, me ordenó a mí ir por ella.

— ¿Y yo por qué si no fui quien la voló?

— Si mandamos a Héctor se pierde y la maestra se enoja, ¡ve!

Torciendo los ojos y maldiciendo por lo bajo me adentré al bosque. La pelota había quedado atorada en un par de arbustos más allá de un gran peñasco. Corrí hasta ella y al dar la vuelta un escalofrío recorrió mi espalda sobresaltándome.

Recargada en el peñasco se encontraba una niña de cabello negro en forma de honguito, vestía un saco verde y con la mano derecha sostenía un globo color rojo. No la había visto antes, supuse que debía de ser de otro salón. Le pregunté si quería jugar, ella negó con la cabeza, intenté convencerla, pero fue inútil. Los gritos de mis compañeros llegaron hasta mí, con lentitud me alejé esperando que cambiara de opinión, no lo hizo.

Cuando llegué al prado todos estaban molestos, al parecer me había tardado y la maestra indicaba que ya era momento de continuar el camino. El resto de la excursión fue incómoda, nadie quería hablarme, ni siquiera el compañero con el que la maestra me había emparejado. Harto de su absurda ley del hielo comencé a buscar a la chica del globo, varias veces pensé en preguntarle a alguien por ella, pero yo tampoco iba a dar mi brazo a torcer, si ellos no me hablaban yo no lo haría.

Los guías nos detuvieron frente a un monolito para darnos una larga y aburrida explicación que a nadie le interesaba, fue entonces que la miré. Alejada de todos, entre los arboles nos miraba. Me escabullí hasta llegar a ella y comencé a hacerle pregunta tras pregunta, ella se limitaba a permanecer callada. Algo andaba mal. El mantenerse alejada de todos, su mutismo, la mirada igual a la que ponía mi abuelo cuando lo visitábamos en el asilo, como si no me mirara a mí sino al vacío...

— No eres de nuestra escuela... ¿Verdad? —  
Por fin solté la duda que llevaba rondándome la cabeza. — ¿Estás perdida? Ven con nosotros, la maestra es buena y...

— Mi hermano... — Un tenue hilito de voz salió de sus labios, delgado, quebradizo.

— ¿Dónde está? — Ella señaló en dirección a un sendero que se adentraba al bosque.

— No te preocupes le diré a la maestra y...

— No está lejos — Me imploró sosteniéndome de la chaqueta.

Volteé tras de mí hacia el grupo y luego al sendero. Ella comenzó a caminar entre los árboles, sus ojos oscuros y vidriosos, insistentes, me pedían que me apresurara. Resolví seguirla, si caminábamos por un sendero no habría problema para regresar, además ella aseguraba que su hermano no estaba lejos.

Caminamos. El sendero daba vueltas de forma aleatoria, pasamos por debajo de un gigantesco árbol tirado por un rayo, luego el sendero volvió a cambiar de dirección, había perdido la noción del tiempo, comenzaba a darme náuseas el pensar que jamás llegaríamos hasta donde estaba su hermano o que no encontraríamos a nadie al regresar. La idea de perdernos en el bosque me abrumó y, pese a mis deseos de hacer algo heroico y ayudarla, la ansiedad terminó por vencerme. Me detuve en seco.

— ¿Tu hermano... falta mucho para llegar a donde está? — Le pregunté tragando un poco de saliva, reprimiendo los deseos de echar a correr de regreso.

— ¿Hermano? Yo no tengo hermanos. — Su rostro indiferente esbozó algo que pretendía ser una sonrisa.

Un sudor frío bajó por mi espina dorsal... Di media vuelta sintiendo cómo brazos y piernas perdían fuerza, en mi mente su imagen se había petrificado, aquellos ojos vacíos, esos labios, una repentina sonrisa, *su* sonrisa... Comencé a caminar de regreso, primero con lentitud, luego, sin poder resistir más, eché a correr sobre mis pasos. Corrí cuanto mis pies me lo permitían siguiendo siempre el sendero, pasé por debajo del gigantesco árbol. A pesar de sentir que los pulmones estaban por estallarme continué, lo



único que deseaba era regresar. Corrí por ese sendero sin perderlo un segundo de vista, crucé por el gigantesco árbol y... una risa tras de mí, la certeza de que algo no iba bien me paralizó. Temblando comprendí que era la segunda vez que lo cruzaba, volteé, ahí, sentada sobre el árbol estaba ella, mirándome con sus ojos vacíos, sosteniendo aquel globo rojo, sonriendo....

Escuchando su risa retumbar por el bosque, desesperado, sólo pensaba en escapar de ahí, pero sin importar cuánto me esforzara el camino no parecía acortarse, una y otra vez aparecían los mismos peñascos, los arbustos torcidos, el árbol, ese árbol, ella. Ella mirándome correr una y otra vez por debajo de sus pies intentando escapar, como si de pronto el mundo no fuese más que una serie de espejos frente a frente condenados a reflejarla sentada en el árbol y yo estuviese obligado a recorrer ese camino una y otra vez. ...Una.... Una... Dos... ¿Cuántas veces se repetiría la escena? Tres... Cinco... Ocho.... El sendero no tenía fin. Hui de la calzada gritando, pidiendo auxilio, desgarrando la garganta, atormentado por la idea de no volver a ver a mis padres, de no ver algo más que este mundo verde y a ella y su globo rojo, rojo como sangre, como ojos iracundos que miran chorreantes de viscoso carmín, haciendo plop, plop, plop. Sólo quería escapar, huir,

alejarme de ella, pero ella era el bosque. Los árboles abrían sus fauces inhumanas, repitiendo su sonrisa, mostrando sus miles de dientes. Todos reían y se burlaban, gritaban mis palabras pidiendo auxilio, restregándose que nadie nunca me escucharía. Y en medio del coro ella, mirando, siempre mirando con su globo rojo, chorreante, acuoso. Plop... plop... plop... Yo corría una y otra vez... escapando de todo, intentando huir de ese aroma dulce que exhalaban los árboles al reír, olor a sangre, olor a muerte. Yo corría una y otra vez.... una y otra vez....

Una.... Una... Dos... Tres... Cinco... Ocho....

Plop

Plop

Plop...

Gotas rompiendo el silencio. Sonido martillando los sesos. Oscuridad. Seres que miran a través de la carne, ojos que buscan, que lamén, que cortan. Ella, entre abismos, ligera, volátil, baila desprendiéndose de sus piernas, emanando aquel aroma, cantando en idiomas que en humo se transforman y van cayendo cual estelas cristalinas que escudriñan con sus miles de ojos. Ojos que giran y danzan. Cuerpos que se desintegran y caen... caen... caen....

Plop

Plop

Plop...

Gotas tiñéndolo todo de oscuridad carmín.

Plop

Plop...

En la penumbra de una cueva un grupo de senderistas encontró un niño sentado en posición fetal con los ojos abiertos llenos de terror. Llevaba más de ocho meses ahí, la prensa dijo que, tras comer hongos alucinógenos, había quedado paralizado de terror, sin embargo, jamás encontraron rastros de estos. Lo que nadie pudo entender fue aquel globo rojo que se mantenía intacto, como si el niño se hubiese perdido aquella misma mañana.

Plop...

**Ana Lilia Félix Pichardo** (Fresnillo, Zacatecas, 1991), es profesora normalista y Licenciada en Letras por la Universidad Autónoma de Zacatecas. Su labor académica se orienta al tema Literatura y Revolución, al análisis de la labor de la y el intelectual comprometido, así como en análisis del discurso. Columnista y editora de la plataforma continental *Somos una América Abya Yala* ([www.somosunaamerica.org](http://www.somosunaamerica.org))

## **Guerra**

Yo me quedé mientras me iba  
firmando la maldición como contrato  
corrí porque sus ojos me dolían  
y escapé hacia el éxodo sumario.

## **Vuelvo**

Dejé de creer que las mentiras  
son proféticas verdades  
dejé de disparar fusil ajeno  
dejé, confieso, de repartir rezos a santos  
dejé, incluso, de olvidarte  
dejé, por si regresas, abiertas las piernas

dejé renacer muertos de mi olvido  
regresé  
regresé para parir los mundos que faltaron.

## **Al Tolima**

Un día, quisiste saber quién era  
yo te llevé mis muertos.  
De barro mis caderas te abrigaron  
endureciendo, semen, mi cabello.  
No te buscaba  
pero me derramé en tus muslos  
y fuiste vereda y río en mis entrañas.  
Invítame de nuevo a hacernos cicatrices  
que implosionarán las balas en tu lecho,  
cuenco del roce clandestino.  
Abreva mi desierto entre tus hombros  
como líquido gemir de mis angustias.  
Te ofrendo el palpitar de una ventana  
pero no desdeñes el danzar de las hormigas  
mira que conducen a la vida  
y yo nunca vi muerte en tus tobillos.  
Dejaré sobre tu vientre  
los murmullos, piel etérea de mis huesos,  
de donde vengo emanar del sepulcro  
y se agazapa el miedo para siempre.

## Confesiones

Empezaré por aceptar que te recuerdo  
no me fui jamás pero regreso  
para entregarme entero a tus rencores  
tómame y deshíflame despacio  
sabrás lo profundo que cavaron mis manos  
pero es imposible sepultar el cielo.

Somos lejanías apareándose de a poco  
con tus piernas construí siempre los puentes  
secretos te traigo como ofrenda  
recórreme la memoria con tu lengua  
sé la lluvia que llegue hasta mi infancia.

¿Escuchas la radio en las casas?  
anuncian el pasado que se adviene  
sólo te advierto que ahora me quedo  
le traje obsequios a tu falda  
recógete el cabello, levanta los ojos  
mira que ganamos la batalla.

## Recuento de los daños

Derramé tinta sobre tus dedos  
para que nunca te fueras

y salí corriendo en busca del norte  
sin esperar más palabras  
de tu apretado pecho.

Se quedaron los puentes  
en lívidos trocitos  
y comprendí que el adiós  
comenzó a dibujarse en el fuego  
una noche o día de muertos.

Tú hablaste del amor y de la guerra  
yo buscaba un orador de caricias  
encontraste en mí una batalla  
nos fuimos a perseguir besos y balas.

Duró el amor pocos minutos  
no quisimos huir corriendo del fracaso  
y llevamos cactáceas de bolsillo  
al humedal que tus caderas escondían.

No explotó el mar cubierto de aceite  
y fuimos harina fugaz contra los vientos;  
los muertos callaron, sabían...

Se ocultó la jungla con sus bestias,  
te rocé la espalda, la rodilla, el hombro,  
guardé tu sabor para mis años

Y ahí en mi desierto  
cuando a orín mi cama huela  
y el aire de marzo martirice las ventanas  
sabré que cuando buscamos paz  
encontré tu corazón en guerra y aplastado  
como cadáver de ardilla o de coyote  
sobre el asfalto negro, a veces grisáceo.



**Lucina Meza González** (Zacatecas, 1971), estudió la licenciatura en Psicología, y es pasante de maestra en Psicoterapia Psicoanalítica de la Universidad Autónoma de Zacatecas. Desde niña descubrió el gusto por la lectura. En ella descubrió la magia de lo infinito y la imaginación; ahora escribe para ser una voz más, una mujer que desea ser escuchada.

## I

En memoria de Víctor

Para morir sólo basta desearlo.

Y esta noche,

esta noche

me duele mi sonrisa

adormecida por un momento de

no quiero recordarlo.

Sólo ven y bésame

haz que olvide

esos labios, ese olor, ven,

ven

abrázame,  
no dejes que la soledad  
vuelva.  
Quiero morir esta noche  
contigo.

**Greicy García Lemus** (Fresnillo, Zacatecas, 1993), es psicóloga formada por la Universidad Autónoma de Zacatecas. Escribió sus primeros textos a los 12 años, le gusta leer antes de dormir y hacer análisis sobre cine extranjero. Sus libros favoritos son los de romance paranormal y desea algún día hacer una buena historia de detectives.

## Crónica sobre mi último divorcio

Cada ruptura es un divorcio. Ya no estás, ya no volverás; permanecerás en lo profundo de mi inconsciente, es ahí donde te debo dejar. No saldrás, a no ser que me sobrepase el dolor, o que vaya a terapia. Lo que pase primero.

El primer día, tal vez no deje de llorar, tal vez me la pase oyendo esa canción de *Katie Irving*, llorando y comiendo galletas Emperador. Recordaré que vimos juntos la película de *Carrie*. Seré cobarde y no querré ni salir, ni siquiera tendré fuerza para levantarme, tu recuerdo pesa tanto como el mármol y esto tiene que ser así, no estarás, ya no estás y yo no pararé de llorar.

Las primeras semanas aprenderé a no oír canciones cursis, a no ver películas de *Star Wars*, a no beber café negro en esa taza de *Superman*. Dejaré

de beber, aunque lo haré si requiero intoxicarme de ron. Tú aprenderás a no oír mi voz, a no tocar mis piernas mientras escuchas *All is lost*, y a no decirme buenas noches, mientras me acurrucas entre tus brazos.

Cuando pasen los primeros seis meses, peharemos sobre quién dijo, quién hizo. Ya no comeremos juntos, ya no haré frijoles charros para ti y, en definitiva, ya no tendremos sexo rudo.

Cuando esté por terminar el primer año ya no oiremos canciones de *Chevelle*, ni de *Genitallica*, seremos extraños, o al menos eso pretenderemos. No intentaré curar tus heridas y apenas podré hacer cicatrizar las mías.

Me veo sola, ¿y qué?, estaré sola, en una casa con recuerdos impresos y canciones de *Saratoga*, (aunque mencionarlo ahora me sigue dando urticaria), ya no veremos series de *Warner*, ni me llevarás a la escuela, no te pediré que me recojas, ni corregiré tu tesis. Y así iré viviendo el día a día de nuestro adiós.

No habrá más historia de amor. No habrá miradas de mentiras, ni palabras de despedida. Aprenderé a no oír tu voz cantando por *Whats app*. Permaneceré recostada, no veré a chicos de cabello largo, ni iré a nuestro parque, no pasearé por campos verdes, ni por kioscos de estilo francés.

Cuando los años pasen y podamos mentir diciendo ‘no fuimos nada’, ‘no significó nada’, en ese momento tal vez estemos lejos, tal vez estemos viviendo en el piso de arriba, tal vez vaya a verte alguna vez, o quizá pueda ir a beber un café contigo. Pero no podremos borrar el sofá donde dormimos, la comida que preparé para ti, el café y las tazas de pareja, los cigarrillos que fumamos, las bebidas que compartimos, ni los hechos que pasamos. Deberemos divorciarnos, yo de ti y tú de mí.

Prometo no redactarte cartas, y, si lo hago, será únicamente con fines no personales. De una u otra forma debo exorcizarte.

**Irma Elizabeth Castañeda Candelas** (Loreto, Zacatecas, 1983). Radicada en la capital zacatecana desde 2004. Licenciada en Historia y maestra en Investigaciones Humanísticas y Educativas con Orientación en Literatura Hispanoamericana, ambos grados obtenidos en las unidades académicas de Historia y Docencia Superior de la Universidad Autónoma de Zacatecas, respectivamente. El trabajo académico se ha enfocado a la investigación histórica, no obstante, la literatura ha sido una inquietud constante en su vida.

## **Memorias en metáfora**

\*

Cada cual decide qué flores decoran su jardín. No hay margarita, clavel o rosa que aparezca en nuestra mano como por arte de magia. Ninguna tentadora manzana llegará a nuestra boca, así nada más. Todos comemos y adornamos cada historia con aquello que a simple vista nos seduce. Lo de las plagas o gusanos lo descubrimos después, a veces a tiempo, casi siempre tarde.

\*

Acá en el terruño el calor abraza más fuerte. De noche se escuchan murmullos infantiles y maternos que se cuelan a los oídos por una ventana entreabierta. Todo parece como antes, como siempre en los recuerdos. El aire refresca tanto que por un momento se antoja abrir de par en par los balcones; pero afuera deambulan lobos agazapados y hambrientos, sedientos, voraces y crueles. Nadie desea que alguno entre a devorar su calma. Y el viento artificial remedia en momentos, pero no da paz, ni alivia, ni hace olvidar que un día fue posible dormir tranquilo.

\*

El lobo será lobo hasta la muerte. Comerá trozos de vida, de alegría y tranquilidad para saciar sus carencias. Inventará una guarida y saldrá al acecho cuando la noche despierte su instinto; será carnívoro siempre, y ese será su fin, porque el gran cazador va tras sus huellas, porque nada queda oculto eternamente, y la propia naturaleza menos.

\*

De amistades y amores llenamos nuestro cofre de vida o somos parte del tesoro de otros. Damos, recibimos, besamos, queremos o amamos; fuerte, lento, rápido o perpetuo. Con el corazón y el alma, o

sólo el tacto y los ojos. Ayer, hoy, mañana, y la lista cambia, restando o sumando corazones que han latido en sintonía al nuestro.

\*

Hoy saqué mis zapatos de plomo para que combinen con mis pies, es que comienzo a sentir el suelo blando, y es preferible pisar seguro que resbalarse con los castillos de arena y fango que aparentan ser de hierro.

\*

Los 'te quiero' no se cocinan pronto. A veces se sirven fríos o tan rápido que queman la boca de quien los prueba. A veces se pudren, ignorados o rechazados. A veces se quedan dormidos, esperando que alguien los bese. Pero seguro es que se evaporen cuando no han sido correspondidos.

\*

Que se mueran los miedos, que se queden quietos y mudos. Que no se escuchen sus pasos, que pasen inadvertidos; que no vengan acompañados de rostros ni de memorias. Que sientan la indiferencia u olvido, y derrotados se alejen.



\*

Nadie escapa a su destino. El tren al final del túnel aguarda, listo para un viaje eterno a través de miles de estrellas en un espacio infinito. Y los sentidos se transforman en polvo, y nada aquejará más, y llegará la tranquilidad al desprenderse de la piel que ha aprisionado una esencia deseosa de elevarse alto y retornar a casa.

**Mayola Cruz Flores** (Zacatecas, México, 1989) es licenciada en Letras y maestra en Investigaciones Humanísticas y Educativas con orientación en Literatura Hispanoamericana por la Universidad Autónoma de Zacatecas. Fue miembro del Taller de Creación Literaria coordinado por el poeta zacatecano Juan José Macías. Actualmente escribe poesía: algunos de sus poemas han sido publicados en revistas como *Reitia* y *La otra revista de poesía*. Ex alumna del Taller de Creación de Poema y Microtexto, coordinado por el poeta zacatecano Javier Acosta.

## I

Habrá un día  
en que te deje de escribir poemas,  
entonces,  
y sólo entonces,  
sabré que me he ido.  
"Todo es sexual",  
pero,  
¿cuánto dura la ilusión en un perro?  
Somos pisados por sombras,  
pero esto de la sombra y de la luz  
es cosa de mujeres.

Muchos hombres han pasado por mis piernas,  
y todos han hecho la misma pregunta:  
"¿te ha gustado?"

Por qué no dicen:  
¿quieres envejecer conmigo?

Entonces ella,  
mientras se viste,  
le diría:  
"eres el mejor"  
y se iría,  
de prisa,  
sin drama.

## II

Querida Eva,  
yo nunca había entendido  
tu necesidad de dar a comer tu manzana bruñida a  
un Orangután.  
Tu manzana sexo.  
Tu sexo rojo clavel.  
Esa fruta necesidad nos amiga, nos hermana.  
Nos hace hijas de algo rico y espeso.  
De una condena deliciosamente amarga.  
Ayer le hice el amor a un Adán.  
Mordió mi sexo agua de manzana,

pero él no abrió los ojos como tu Adán.  
Ahora mi Adán sigue comiendo manzanas,  
mientras yo camino entre abrojos  
deseosa de poner de nuevo mis pies espinas  
en su bosque sexo,  
de sacarle brillo a su verga con mis labios garganta,  
de dormir en su pecho orangután,  
pero sólo yo abrí los ojos, mi querida Eva.  
Sólo yo.

### III

¿Cuántas rupturas de corazón se necesitan para  
morir de alcohol?

¿Cuántas para que una mujer se convierte en  
asíntota?

¿Cuántos latidos antes de saltar del risco?

¿Cuál es el coseno de la tangente de mi sexo de  
vidrio?

Querido Pit Bull,

Aquella noche agua yo sólo iba por un beso,

En verdad, que yo sólo iba por un beso.

Consulté mi libro de *Álgebra de Baldor*  
para encontrar

con cuanta dosis de ternura  
la vagina de una mujer se convierte en cantina.  
Pero esa noche no encontré el valor de x.  
maldita sea,  
no pude encontrar el valor de x.

**Yamilet Fajardo Veyna** (Morelos, Zacatecas), estudió educación en la Normal Ávila Camacho y Letras por la Universidad Autónoma de Zacatecas; es maestra en Investigaciones Humanísticas con orientación en Filosofía e Historia de las ideas por la misma universidad. El verano de 2014 realizó una estancia de investigación en la Universidad de Barcelona, España. Desde los 15 años participó en el taller de poesía, ensayo y crítica literaria del Instituto de Cultura “Ramón López Velarde” coordinado por el poeta Javier Acosta y el filósofo Sigifredo Esquivel Marín. Sus poemas se han divulgado en revistas y periódicos locales y nacionales como *la Jornada* y *el sol de zacatecas*, la revista *Reitia, pensamiento y creación*, las revistas electrónica *Círculo de poesía*, *La Otra Revista*, *Casa del tiempo* (UAM), entre otras. Participó en la antología *Mujeres zacatecanas que escriben*. Fue becaria del PECDAZ en el 2009 y en el 2013, en este año el apoyo se destinó para la publicación de su libro *Susana y los viejos*. Su obra *La caja de cerillos, una novela en verso* (UAZ) fue galardonada con el premio nacional de poesía “Ramón López Velarde” en 2013.

## **Sala de emergencias**

En este lugar  
existen cuatro clases de hombres  
y mujeres:

Aquellos que portan una etiqueta verde,  
pelean por el baño  
y se sientan a esperar  
dos horas  
o más  
para ser atendidos.

Los de etiqueta amarilla  
la espera es de cuarenta minutos.  
Son los fantasmas de esta sala  
saben que algo anda mal con ellos  
despiertan desgastados  
mordidos por una bestia  
de hocico sin fondo,

el médico de turno no lo advierte  
pero ellos lo intuyen.

Los de etiqueta naranja  
caminan del brazo de sus esposas  
o de sus esposos  
aún más débiles.

En ellos la prolongación del tiempo  
es dudosa  
menos de diez minutos para entrar,  
un día  
un mes  
un año  
para salir  
y regresar  
la semana que viene.

Comienzan a olvidar  
de qué color pintaron la casa.

Y estos



que están junto a mí.  
No es raro  
verlos morir  
esperando  
en sus sillas de ruedas.

## **Póliza de seguro**

Cuando te acercas a los treinta  
sobre todo si tienes empleo  
comienzas a recibir la visita  
de agentes de seguros,  
agentes con corbata  
o sin ella  
pero siempre impecables.  
Preguntan por tu salud  
la familia  
y sobre cómo te gustaría morir.  
A los primeros logras evadirlos

luego regresan  
te hacen imaginar accidentes automovilísticos  
los asaltos  
los secuestros  
el parto de tu primer hijo,  
hasta que te muestran la estadística del cáncer  
«tres de cada diez mujeres mueren de cáncer de  
pecho», comentan  
y te miran los pechos  
como si te aplicaran una mastografía,  
no dices nada  
estás muy ocupada  
con el flujo de las impresiones,  
la intuición de la vida  
«no busques consuelo  
en el paraíso de la ley de causalidad»  
te escuchas a ti misma.  
Ellos tienen preparado tu contrato  
Firmas.

Sales a la calle  
como una mujer  
con póliza de seguro.

**Rebeca Medina Aragón** (Estado de México, 1994). Radica en Calera, Zacatecas desde 1996. Licenciada en Letras por parte de la Universidad Autónoma de Zacatecas (generación 2012–2017). Ganadora del primer lugar en el concurso estatal de “Ensayo literario Beatriz González Ortega.” Ha sido ponente en varios congresos alrededor de la república desde 2014 a la fecha. Publicó cuentos en el suplemento cultural *La Gualdra* del periódico *La Jornada Zacatecas*, así como en las revistas electrónicas *Espora*, *Página Salmón*, *Conjugarte*, y en la antología de ficción breve peruana *Plesiosaurio*; además de artículos relativos a música en *R101ck.com*. Participante del “XXVII Verano de la Investigación Científica” por parte de la Academia Mexicana de Ciencias.

## En la pared

*I can't pretend  
I need to defend,  
some part of me from you.  
I know I've spent some time a-lying.  
The New – Interpol*

Nunca le gustó quedarse pegado en la pared. Por eso tuvo tantas cosas encima porque a fuerza se despegaba. Una noche su caída me levantó de la cama. Lo metí entre las sábanas conmigo pues estaba muy oscuro como para colgarlo de nuevo y no quería despertar a nadie, hacerlo provocaba mucho ruido. Lo malo de esto es que le gustó. Se acostumbró a caerse para que yo me lo llevara a la cama. Claro que no le funcionó por mucho tiempo. Una noche escuché cómo caía lento, con sus agudos sollozos, pero no, yo no pude, estaba muerta sobre la cama y pensé: ‘si se cae es su culpa, se quedará ahí esta noche y la siguiente para que aprenda.’ Lloró toda la primera noche y la segunda y la tercera y la cuar... Ruido blanco. Como estaba detrás de un sillón nadie lo veía tirado y todos se acostumbraron a ese gimoteo, era como ruido blanco, ese que se extraña en las noches de extremo silencio, en las noches en las que ni los grillos salen a buscar pareja. Era inclusive relajante... Hasta que el hedor comenzó. Nadie de mi familia preguntaba por educación y yo, por educación, les prohibí expresamente la entrada a mi recámara.

Una noche su chillido fue más fuerte de lo normal. Ya me había acostumbrado tanto a él. A sentir su presencia sin verlo. Estaba bien, pero aquella noche me sacó de mis casillas chillaba como si, como si, como si... Tuve que levantarme, tocarle sus pelos.

Sentir su mucosidad que se le escurría cada que abría el hocico. Lo tomé de las firmes orillas, eran como una tabla de madera. Lo abracé como una madre que consuela a su hijo en plena madrugada. Acaricié parte de su barriga y le dije susurrando que todo estaba bien. Me mordió. Por reflejo abrí los brazos dejándolo caer con todo su peso en el suelo. Le grité mientras se arrastraba: ‘¡No me vuelvas a hacer esto! ¡Tú te lo buscaste! ¡Estabas bien en la pared, pero no dejabas de tirarte! ¡No te vayas! ¡No te metas ahí!’ Me lancé sobre él pues ya sabía a donde iba. Se dirigía a la madriguera que habían construido los otros debajo de mi cama. Lo jalé de la cola justo antes de que llegara al agujero. Culpa. Sentí culpa al ver sus grandes ojos negros, más negros y profundos que el cielo que nos rodeaba, y aun así pude ver que me pedía misericordia. Sus palabras eran sus chillidos y el líquido hediondo que emanaba su cuerpo. ‘¿Cómo deshacerme de él?’ Me pregunté. El hedor penetró en mis manos y la pregunta cambió a: ‘¿Por qué deshacerme de él?’ No encontré respuesta. Rezumó lento y con ternura. Se acurrucó entre mis brazos otra vez. Toqué su pelaje. ‘sh sh sh, ya ya, todo está bien, ven.’ Le murmuré donde creía estaba un oído. Nos metimos a la cama. Lo abrigué.

A partir de esa noche dejó de hacer ruido. Por las mañanas no sabía dónde se metía. A comparación

de los otros que, aunque resguardados en la madriguera, roían como ratas en la pared toda la vuelta del sol sobre la tierra, sólo cuando oscurecía callaban. Al llegar a mi cama todas las noches él estaba otra vez en la pared. Ahora se postraba encima, en lugar de a lado del cuadro de Cristo arrepentido rezándole a su padre. Se deslizaba silenciosamente en el vidrio, luego en el yeso y en el suelo hasta llegar a los dedos de mis pies. Al sentirlo en mi dedo gordo, lo tomaba de las orillas mientras tarareaba una canción para no asustarlo. Esas noches los otros gruñían, mordían, se golpeaban ellos mismos, a veces en la cama, a veces en el muro. Mis padres me pedían que los controlara, yo no sabía cómo. ‘Debes saber.’ Me dijo sería y cansada mi madre un día. Entendí que le tenían envidia al más joven cuando le descubrí mordidas en el pecho. Así que cuando vieron que mamá se compró una cama más grande y cortinas más gruesas dejaron de atacarlo. Comprendieron que él había logrado lo que ninguno de ellos. Por él los adopté a todos en mi cama. Los ruidos cesaron.

Hoy, en las paredes de mi cuarto hay caminos enmohecidos. El pelo del hongo es amarillo verdoso y emana un olor peculiar. No sé si es desagradable, pero para evitar sospechas mi familia no permite pasar a nadie más allá del jardín. Mis niños no salen de mi alcoba. El silencio reina en la casa desde que

los dejo descansar conmigo. De repente, durante el día, sentada en el sillón donde él se retorció semanas, escucho cómo se arrastran, cómo respiran profundo y rápido, y siento paz. Por eso sé que ellos son felices y yo... yo... Cómo no amarlos cuando gracias a ellos ya nadie más sube a mi cama.



**Patricia Quintero Rodríguez** (Zacatecas, 1977), estudió la licenciatura en Letras en la Universidad Autónoma de Zacatecas, se enfocó, desde sus inicios a la literatura fantástica. Desde niña plasmaba sentimientos y pensamientos que no se atrevía a decir, usó su lápiz y libreta como cómplices para descubrir y describir su propio mundo, considerado por algunos como estrafalario. Asimismo, ha impartido talleres de títeres y reciclado a niños de la capital zacatecana. En la actualidad es participante activo del colectivo Líneas Negras.

## La visita

### I

Los años maravillosos de la universidad resultaron ser una caja llena de sorpresas y regalos. Fue desde el primer semestre que inicié una amistad, larga y duradera, con una de mis compañeras de clase, Nube. Una de las tantas cosas que compartíamos ella y yo era la de caminar, y si era bajo la lluvia nos resultaba mucho mejor.

Cierto día, no recuerdo exactamente cual, pues casi nunca pongo atención en las fechas, al terminar la clase de Literatura regional, Nube inició la conversación con una pregunta:

— Como dice mi papá, ¿nos vamos a pie o caminando?

Soltábamos una cómplice risa que luego se convirtió en carcajadas, y es que en nuestros tiempos éramos *estudihambres*, usted no está para saberlo ni yo para contarlo, pero nuestros ingresos económicos no eran muy buenos en aquella época, así que no teníamos otra opción que caminar desde la escuela hasta nuestras respectivas casas.

Durante el trayecto, nuestra conversación se fusionaba a la contemplación del característico barroco churrigueresco del Centro Histórico de la ciudad de Zacatecas, que le daba otro matiz a la caminata, transformándola en un fascinante paseo de noche que realmente disfrutábamos. Juro que ese acto se convirtió en un verdadero deleite. La rutina se hizo un ritual que practicábamos de lunes a viernes. Algunas veces realizábamos nuestra caminata acompañadas de aires intensos, fríos extremos, lluvia, tormentas o demasiado calor. Nunca pudimos predecir el clima.

Uno de esos días, terminamos la actividad escolar e hicimos nuestro recorrido de siempre. Entre las conversaciones sobre la academia, nuestros anhelos y planes a futuro llegamos al punto donde nuestros caminos se dividían, Nube tenía que ir a su colonia y a mí me tocaba ir a la mía. Nos despedimos. En ese

momento sentí un presentimiento y me detuve un momento a meditarlo, pero, finalmente, decidí no tomarlo en cuenta.

Luego de la despedida comencé a caminar entre las calles solitarias y oscuras. Jamás imagine lo que pasaría.

## II

Apenas llegué a mi destino, saqué las llaves de la mochila, abrí la puerta de mi casa y me dirigí a la habitación que mis padres me prestaban para vivir junto con mi pequeña Quetzal. De inmediato fui a ver cómo se encontraba mi bebé, que apenas, veinte días atrás, había nacido (mi madre se encargaba de cuidarla mientras yo acudía a la escuela). Luego de cambiarle el pañal y darle de comer se quedó dormida, así que aproveché el tiempo para realizar algunas tareas pendientes.

Fui al cuarto que antes de convertirme en madre ocupaba, este se encontraba en el segundo piso de la casa, yo aún tenía que tener cuidados de postparto, en mi caso postcesárea, pues me encontraba a mitad de la famosa ‘cuarentena’, así que las escaleras eran toda una odisea. Subí despacio y de ladito, siguiendo las recomendaciones de mi madre. Llegué a la puerta del cuarto de estudio que precede

a mi habitación. Estaba oscuro, más de lo normal, no podía percibir ni una partícula de luz. Era abrumador.

En ese momento, atrapada en la oscuridad, sentí una extraña sensación. La entrada de la habitación a la que iba estaba cubierta por una cobija que era puerta y cortina a la vez. Tomé la tela de un extremo y la levanté para entrar, nuevamente intuí algo. Sentí un vuelco en la boca del estómago y un escalofrío en la espalda. Volteé hacia el piso.

— ¡Ave María Purísima!, expresé con voz exaltada.

No podía creer lo que observaba, mi inconsciente me hacía voltear al techo, luego a las paredes, buscaba una entrada de luz, o quizá algún reflejo que le diera explicación a lo que sucedía. No encontré ninguna justificación, ni a quien culpar si se tratara de una travesura. Volví la mirada al piso y miré un círculo que más o menos tenía el tamaño de una corcholata, de color amarillo verdoso, muy fosforescente. Ya no sentía miedo, ni angustia. Irónicamente me resultaba familiar.

Contemplé la lucecita, me simpatizaba. De repente, empezó a avanzar lentamente, la seguí despacio, como quien va de tras de su mascota favorita. Sentía como si anduviera con alguno de mis entrañables amigos recorriendo las calles sin

preocupación. Pero estaba dentro de mi cuarto. Caminé detrás de la lucecita, iba muy pero muy despacio, a su ritmo. De pronto, la luz llegó al final de la pared y me pregunté:

—¿Ahora qué sigue?, ¿qué va a pasar?

Cuándo la lucecita subió por la pared sin ninguna dificultad, quedé boquiabierto. Era irreal. Observé cada detalle. La luz seguía avanzando hasta que llegó a uno de los tantos portarretratos y cuadros que cubren uno de los muros de la habitación. La mayoría de las fotografías son de mis amigos y una que otra de algunos familiares.

El círculo luminoso llegó al portarretrato que diseñé para conmemorar a mi amigo Zaragoza, que hace tiempo murió trágicamente, la pequeña luz se colocó en la silueta fotográfica de mi amigo, se introdujo en la imagen y se esfumó, así como apareció, mágicamente. En ese momento sentí paz, la atmósfera que percibía era familiar. Estaba agradecida por su presencia. Quiero suponer que la extraña visita quería darle la bienvenida a mi hija.

Mi conclusión, fantástica, quizá por mis gustos literarios, fue que mi amigo y el universo se confabularon para darme una hermosa sorpresa. Ya no importó el origen de esa luz, un nostálgico sentimiento me ahogó por unos instantes, realmente

sentía la presencia de mi amigo. Volteaba a ver su fotografía, suspiré mientras recordaba cuando Zaragoza me acompañaba y me hacía sentir protegida; me encontraba en ese trance de paz cuando escuché un fuerte grito que me regresó a la realidad.

—¡Patikis, ya despertó Quetzal!

**Mayra Melanie Macías Madero** (Zacatecas, Zacatecas, 1983), actualmente es integrante del Taller de Creación y Crítica Literaria de la UAZ, coordinado por Juan José Macías. Fue ganadora del premio juvenil de poesía “Roberto Cabral del Hoyo” con el poema *Réquiem*, otorgado por el Instituto de la Juventud Zacatecana en noviembre de 2008. Becaria del Festival Interfaz del ISSSTE-CULTURA en junio 2014. Ha publicado los ensayos: *Le Roman de la Rose cabalga (tiempos e ideas) de nuevo* en la revista *Asedios a Jericó* y *Peinando a la memoria deseo: creación de mundos maravillosos y fantásticos* en *Barca de palabras*. Así como su libro *La fantasía como poética de la perversión* y el poemario *Calvarios de ocaso*; además de un poema en *Fragmento celeste*. Es integrante activa del Taller de Letras del colectivo Líneas Negras.

## **Me levantaré de entre los muertos y vaciaré sus almas**

Cuando llegue el fin de los tiempos

Yo, señor de mis mundos,

ordenaré el caos que he construido  
al creer en estos cuerpos cargados de mí.  
Todas las noches entonces se integrarán  
y el silencio que es la falta de fe  
me mostrará lo que soy  
sin el recuerdo de haberme soñado.

## **Apartarás los desechos y enterrarás a tus muertos**

Del armario surgió un ejército de hormigas.  
Ahí donde te ocultabas,  
el hedor alivió mi vergüenza.  
Tú, presencia del Otro,  
ahora que te reconozco  
no me dejarás dormir.  
Si te dijimos adiós,  
Pan, señor de los miedos,  
¿cómo es que todavía llegas a la cena?



Me hiciste pensar en la abuela y  
mis juegos infantiles:  
*veo veo...* susurra la respuesta.

## **Como ser maldito amarás al hombre**

Debajo de las sombras  
el infante esperanzado,  
juega y se posa la máscara.  
Entre su lengua, residuos de polvo,  
se han deshecho las cosas.  
Y mientras avanza con su socio  
imagina que son uno, inseparables.  
A penas si distingue el espacio  
que entre ellos hace surcos,  
tan inmensos,  
que ningún equilibrista sortearía.  
Ciegos, vagabundos se crecen,  
turnándose el trono que otrora fuera paja.

**Alondra Campos García** (Guadalupe, Zacatecas, 2000), ama y practica las artes marciales de Karate-Do. Comenzó a leer a muy temprana edad gracias a la influencia de su madre. Una de las lecturas que marcaron su infancia fue *El señor de los anillos* de J.R.R. Tolkien, que leyó a los once años. Asimismo, la escritura se convirtió en parte fundamental de su vida. Es aficionada de la cultura oriental, su país predilecto es Japón. Sus géneros literarios por excelencia son la novela negra, policiaca/misterio y la ciencia ficción con tintes medievales históricos. Actualmente es integrante del Taller de Letras del colectivo Líneas Negras.

## **Para Abel**

“Sólo el escritor sabe para quien escribe,  
mientras el lector lee a quien más extraña...”

Alberto Fuentes

Parte 0: Mucho tiempo después

Quisimos curar las heridas del otro. No funcionó. Creíamos que nos amábamos. Era una gran equivocación. ¿Cómo llegamos a este punto? Ahora

míranos, ¿terminamos más solos que al principio? Contesta. Ahora como dos extraños, quizá odiándonos. Tomamos caminos distintos. Tal vez para nunca volver.

### Parte I: Melancolía

Diciembre del 2016

Mientras rasgueo las cuerdas de mi guitarra dejo que la melancolía aborde la noche y las notas se desvanezcan en ecos ensordecedores, clamando la tristeza que embarga mi alma en la soledad de mis pensamientos. En alcohol quisiera embriagarme. No puedo. Sólo pienso en que mañana será un día efímero. Un día más sin saber de ti.

### Parte II: Ausencias

Enero del 2017

—Oye, ¿sabes qué es una ausencia?

—Sí. Yo soy una de ellas.

—¿Y qué haces aquí?

—La acompaño a ella.

—¿Y qué espera?

—A que él regrese.

—¿Y lo hará?— pregunta la alegría de forma escéptica, ella no cree que lo haga.

—Por supuesto. Ella confía en él. No planeo acompañarla mucho tiempo y tampoco ella quiere vivir conmigo demasiado— le responde la ausencia con una sonrisa dolorosa

—¿Confía en él?

—Sí.

—Y a esa confianza que surge de ti, ¿cómo se le llama?

—Amor... y, un gran cariño que besa la sinceridad con delicadeza.

### Parte III: Resignación/Aceptación

Febrero de 2017

No me faltan motivos para limpiar el polvo de mi guitarra porque me recuerda a los momentos que pasamos juntos en aquel entonces.

Te amo, pero tú a mí ya no. Debo dejarte ir, sin embargo, cada vez que miro el polvo en mi instrumento, mis recuerdos evocan tu imagen.

Déjame ya.

Tú recuerdo aún flota alrededor mío.

**Irene Ruvalcaba Ledesma** (Mexticacán, Jalisco, 1991), ha radicado en la ciudad de Zacatecas desde 2008. Es licenciada en Psicología Clínica por la Universidad Autónoma de Zacatecas, maestra en Literatura Hispanoamericana y miembro del taller de creación y crítica de la misma universidad. Fue becaria del “Festival Interfaz” del ISSSTE Chihuahua en su edición 2016 y ganó el primer lugar en el “Certamen Internacional de Literatura Femenina Fantástica Felicia Fuster de España” en 2016. Ha publicado en revistas nacionales e internacionales. Es fundadora, junto con Sonia Ibarra, del colectivo Líneas Negras.

## En el bosque

Alejandra y yo éramos amigas y vimos aparecer el mundo entre juegos de primavera, cuentos de viento y dientes de león. Entonces tomábamos té en tacitas de plástico y de plástico también eran los sueños a los seis años.

*Jugaremos en el bosque mientras el lobo no está...*

Recuerdo la primera vez que descubrimos nuestro cuerpo desnudo, la piel era una nube anémica después de la tormenta. El color rosado del abdomen y, en el

centro, el ombligo como un ojo abierto que podía adivinar la muerte. Ella tenía un lunar como una abeja que yo imaginaba, predicando palabras santas. Pasos de ballet entre las sábanas.

El amor es un lobo que aparece para comernos y en seguida expulsarnos niños.

Alejandra y yo éramos dos corazones de caléndulas abiertas. Éramos también un beso en la frente donde nacen las flores todas, esas que adornan caminos y lagos en suaves cabellos.

*Porque si el lobo aparece, a todos nos comerá...*

Y el color de los párpados era la sonrisa de un niño que pide limosna en la plaza pública, el ruego de una mujer que descubre que será madre por cuarta vez. Como hojas de aquel cuaderno en donde nació la poesía y la abrigamos y le cantamos cantos gregorianos para dormir.

De todo aquello sólo quedaron pedacitos de pan tirados en la cama de las muñecas.

*Lobo, lobito estás ahí, ¿sí o no?*

Yo era su pájaro azul, su canto de zapato que rechina en el piso mojado y el alto santuario de las cosas que nos comen, miradas de cera de gigantes que ya no saben rezar.

Ahí estábamos las dos, descubiertas por el lobo: él envidia la inocencia del niño que siente el cuerpo ajeno, una hostia bajo la lengua durante la primera comunión.

Duplicación del tren que pasa por la boca del cielo y lo rompe como al jarrón de la sala.

Se nos destrozaron las ansias y la infancia. Mis lentes se hicieron telarañas de recuerdos que no se pueden confesar, porque no saben de penitencia.

Un día callado, Alejandra se fue siguiendo una tormenta de polvo y con ella mi memoria.

Ahora, se ven las nubes cargadas con el agua de agosto. Yo, con la mirada baja, exhalo el tren de humo sobre este barro.

## **Brevedad del pez**

Pobrecito del pez con *Alzheimer* que apenas recuerda cómo nadar y su mente se inunda de silencio. Parvos movimientos entre el agua y parece que va a llover.

Me acuerdo de agosto ahora que comparto con Juan una visión y de pronto los dos nos vamos corriendo tras los barquitos de papel. El canal de recuerdos nos llama.

La lluvia inunda los canales del pensamiento y del corazón. A veces una sola gota de agua me conecta con Juan, océano caliente.

Un día de tormenta hicimos barquitos de papel que naufragaron en el arroyo de la niñez.

El barro y un soplo de vida nos hacen volver a los ocho años. Poderosa edad donde los niños nos contentamos con naturaleza, alimento para la memoria.

¿Se pueden compartir los recuerdos? No, dice Juan, lo que pasa es que tú estás completamente pirada de la cabeza. Yo le respondo: cómo te explicas que en tu recuerdo del canal esté yo formando barquitos y que tú en mi recuerdo seas un buque. Ay, Irenita, deberías pedir perdón a la poesía por los despropósitos que dices. No, le digo, yo me acuerdo de ti, de los barquitos y el correr del agua por los arroyos cansados. Juan, déjame enseñarte que eso que dicen los eruditos es mentira y que la verdad no está nunca por estar. Ni por ser.

El agua corre. No sabemos de dónde vinimos, ni hacia dónde vamos. Ya no quiero decirte que la poesía es fluida y no puedo regar una imagen que diga: el corazón se baña en el arroyo y las margaritas secan su cuerpo pétalo por pétalo.



El tiempo no se puede detener. Se nos arrugan las manos y nos tiemblan las piernas. Donde una niña y un niño jugaban, ahora hay unos cuantos montones de tierra roja. Pero todo existe cuando se nombra, aunque sea para reírnos de eso que fue y que de ninguna manera es. Ni será.

Como un pez de tierra, ahora ando sin rumbo. Unos pasos más hacia la tumba. Camino con toda la fe en mi cuerpo que con el tiempo se ha hecho gelatina. Camino, pero algo me detiene. Frente a mí está Juan. Compra pescado. Hola, Juanito, le digo: no te olvides que agua puede limpiar todo recuerdo. Él agacha la cabeza, toma el pescado entre sus manos y se marcha en su barquito blanco.

## **Pulso de silencio**

Mis pies de tierra se vuelven lodo por sangre. Me han roto todas las rodillas. Me tiro al suelo. Un nombre me obliga a levantarme.

El sol de esta mañana aparece agujereado.

Cierro los ojos. Ayer soñé que mi tío me enseñaba a usar el rifle. Ahora paseo a la madrugada. Pido agua.

Que vuelvan los pájaros. Que canten. Ni ruido de estrellas ni silencio de mi parte.

Mi mamá me dijo que el árbol de granada madura el fruto en octubre. Es abril y se abre. El corazón también.

La cuaresma pasó y hay abstinencia. Que nadie hable.

Los niños juegan a chiflar con los casquillos. Mamá dice en voz baja: fueron ellos. Los polis juegan a las escondidas. La loca del pueblo está desaparecida y a quién le importa.

**Citlaly Aguilar Sánchez** (Valparaíso, Zacatecas 1985) es licenciada en Letras por la Universidad Autónoma de Zacatecas, maestra en estudios de Literatura mexicana por la Universidad de Guadalajara, doctoranda en Estudios del Desarrollo en la UAZ. Fue tallerista de Javier Acosta en poesía, de José Israel Carranza en ensayo y de Alí Calderón y de Mario Bojórquez en poesía y ensayo. Ha sido beneficiaria del PECDA Zacatecas en tres emisiones, con lo que escribió dos libros; uno de ellos publicado en 2014. Es ganadora del segundo lugar en el concurso estatal de ensayo literario “Beatriz González Ortega 2017”. En 2010 ganó el tercer lugar estatal de poesía joven “Roberto Cabral del Hoyo”. Entre 2016 y 2017 impartió el taller de ensayo literario “El Centauro” en Zacatecas, del que se publicó una antología electrónica en 2016.

## **Donde zumban las moscas**

### **I**

El zumbido de las moscas sobre mi cabeza me mantiene alerta. No estoy viva, eso lo sé, pero escucho un río correr bajo mi cuerpo. Estoy sucia. Mi cara se hunde entre la basura que hay aquí.

Intento recordar cómo llegué aquí, pero lo único que me viene a la mente es el cuaderno de mi tía Clementina, forrado con papel de regalo rojo; adentro está escrito un relato, con la letra grande y redonda de mi tía. Lo leí hace algunos años; trata sobre un joven que muere en un accidente de motocicleta y puede ver todo lo que sucede en su funeral y en su entierro; al final dice “¡por favor Dios mío, sólo tengo veintiún años!”

Creí que morir sería una experiencia como esa. Pero no lo es. No es una experiencia siquiera. Morir es estar sin estar, es sentir sin necesidad. Cuando estamos vivos sentimos para tener razones para movernos, actuar, hacer. En la muerte seguimos sintiendo, pero no podemos hacer nada con esas sensaciones, sólo padecerlas.

Tengo comezón en la planta de un pie; quisiera rascarme con todas las uñas, rascarme insaciablemente. Rascarme es una de las sensaciones que más disfruto. Es una desesperación que se va colmando sola, es un goce que anestesia. Si tan sólo pudiera rascarme... o si pudiera disfrutar la comezón imaginando que me sacio rascándome... sin embargo, sólo padezco. Sentir ya no me sirve para nada.

Mi pie está descalzo, puedo sentir la humedad, el viento sobre él; puedo sentir el fango en

la punta de los dedos, puedo sentir la comezón hormigueante. El otro pie sigue adentro de la bota, está caliente. Quizá no hace mucho que morí.

Mis brazos están hundidos en el lodo, extendidos. Me duelen las palmas de las manos y me faltan un par de uñas.

Hay un olor fétido insoportable...

Tengo miedo de las ratas. Si me huelen vendrán. Me morderán por todas partes y entonces nadie me reconocerá... Mi mamá. Mi papá. Mis hermanos. No podrán reconocerme. No me sacarán de aquí y tengo miedo. ¡Que alguien me saque de aquí! No estoy viva pero no quiero estar en este lugar. Quiero estar en mi casa. Tengo comezón en el pie. Tengo frío. Tengo diecisiete años.

## II

Ana Laura caminaba todos los días por calles oscuras para abordar el camión que la llevaba a la escuela preparatoria, condición que, según el procurador del Estado, facilitó su feminicidio.

Han pasado trece días desde que se reportó el rapto y quince días de que fue encontrado su cuerpo en un arroyo de aguas negras en las afueras de la ciudad, pero no se ha capturado aún al homicida.

Sin embargo, el procurador explicó que hay avances en la investigación, ya que se tienen muestras de ADN del agresor, pues abusó sexualmente de la jovencita; aseguró que se está trabajando para lograr dar con su ubicación.

Declaró que tienen la certeza de que el presunto responsable de este crimen es un agresor local que conocía el terreno y horarios de Ana Laura. Además, indicó que la causa de muerte fue un golpe con objeto romo en la cabeza de la víctima.

El procurador informó que ya se han interrogado a más de quince sujetos que trabajan y viven por la zona en que desapareció la joven, así como donde fue hallada muerta, pero ninguno ha dado positivo en el perfil genético; enfatizó en que no detendrán las labores de investigación hasta dar con el culpable.

### III

- ¿Irás a la marcha?
- Ná... tengo mucha tarea.
- Güey, todos vamos a ir, no mames. Hasta los profes...
- ¿Neta?
- Simón.
- Mmmm... pues ahorita a ver qué.

— Mira, ahí van los de la prepa, y los de Economía. Creo que esos vatos son de Psicología ¿no?

— No mames es un chingo de gente. Yo pensé que nada más irían los de esta escuela, los revoltosos de siempre.

— No güey, se me hace que va toda la universidad. Es que sí es un pedo cabrón lo de las morritas, no mames, ya son muchas. Imagínate que le pase eso a tu hermana...

— No pos sí está cabrón.

— ¡Amos güey! Aunque sea a hacer mosca...

#### IV

Mi madre padece de la presión alta; se le sube con cualquier susto. Hoy la visité a la hora de la cena. Papá tuvo que salir de la ciudad desde hace unos días porque su mamá —la abuela— está muy enferma.

Mamá estaba pálida. Me dijo que se sentía mal. Le pregunté por qué, me dijo que no ha podido dormir nada desde hace varias noches, que le afectó mucho lo de la niña que hallaron muerta en el arroyo de atrás de la casa, que no deja de imaginarse por todo lo que tuvo que pasar durante esos tres días en los que la tuvieron raptada, en los que la violaron, golpearon, mataron y dejaron tirada como basura en un charco lleno de mierda, cubierta de moscas. Me dijo que

desde que supo que la encontraron en el arroyo, la casa empezó a oler a podrido.

Le preparé un té, le puse una cobija en las piernas y traté de hablar de otras cosas para ver si así se calmaba, pero ella sólo veía por la ventana hacia la oscuridad, hacia donde queda el arroyo. Yo le hablaba, pero ella no escuchaba, estaba allá, donde zumban las moscas. Me quedé en silencio y no pude evitar pensar en aquella niña muerta. Había evadido ese pensamiento desde que aquello ocurrió y de repente no tuve escapatoria.

Pensé en ella, pero también en el asesino, esperándola con sigilo en la oscuridad de la mañana cuando bajó del camión. Lo imaginé siguiéndola con las manos sucias, con la ropa limpia. Lo imaginé llevándosela, tocándola, penetrándola mientras ella gritaba y lloraba y pataleaba y vomitaba. Lo imaginé repitiendo esto por tres días. Lo imaginé disfrutando. Lo imaginé regresando a casa con su esposa, con sus hijas, con su madre, todos en paz. Lo imaginé tirándola en el arroyo, embarrándose de aguas negras y huyendo... Se me revolvió el estómago. Por eso no me gusta pensar en esas cosas.

Mamá me pidió que la ayudara a recostarse porque se le subió la presión y tenía vértigo. Tomó sus medicamentos y me dijo que intentaría dormir, que antes de que me fuera limpiara un poco el piso,



que quizá con eso se quitaría el olor nauseabundo. Así lo hice. Para cuando terminé de limpiar ella seguía despierta, noté que estaba sollozando. Me acerqué, le pregunté qué pasaba:

— Tu papá.

— ¿Qué, qué tiene mi papá?

— De seguro él fue...

— ¿Él fue qué... cómo? No entiendo...

— Él.

Le acerqué su medicina y me quedé junto a ella hasta que por fin durmió. Me vine a casa y al llegar a mi departamento, en cuanto abrí la puerta, noté un repugnante olor, como si algo estuviera pudriéndose.

**Elena Cortés Sánchez** (Zacatecas, 1968). Es Cosmetóloga y Terapeuta Holístico, una mujer muy apasionada y amante del bienestar y de la salud. Siente una profunda atracción por las artes, en especial por la pintura, la escritura y la lectura. Recuerda que en su infancia sentía felicidad al momento de pintar, emoción que aún sigue y a lo cual le ha dedicado momentos de su vida, así como a la lectura de algunos autores como Gabriel García Márquez, Juan Rulfo, Octavio Paz, Deepak Chopra, entre otros. Es integrante del Taller de Letras del Colectivo Líneas Negras.

## **I. Coincidir (preludio)**

Hoy me llegó una idea de lo que voy a escribir. Eso me hizo pensar que esto de la escritura es como cuando tienes ganas de estornudar, que si lo dejas pasar se te van las ganas. Debo decir que ahora ya es un poco tarde, ya pasa de las 9.00 a.m. de un lunes más en mi vida, se supone ya debería comenzar mi ritual de maquillaje para iniciar el día. Checo mi agenda de flores azules y hoy justo puedo darme un momento para plasmar lo que llega a mi mente.

Al despertar tomé mi celular, algo que se ha convertido ya en automático. Vi el mensaje de una

compañera de mi grupo de literatura, no sé quién es, aún no las identifico, pero me parece que es Grey por el entusiasmo que muestra al compartirlo, ella es así, tiene esa chispa en su mirada. Lo leí y me dije: la cosa es así, como dijo mi maestra Irene: escribir, fluir y no darle tantas vueltas. Pienso que cada momento, cada ocasión puede generar una manifestación literaria.

El domingo pasado fui de compras a un supermercado para abastecer la alacena y después de recorrer por varios pasillos y adquirir algunos productos, llegué al departamento de carnes frías y junto al refrigerador pude ver a una mujer con carismática sonrisa, con cabello negro recogido y ojos pequeños, ligeramente rasgados. Mientras era atendida por una joven de aspecto cansado y con total desgano, la mujer y yo nos quedamos mirando como queriendo reconocernos. Y sí, ¡claro!, se trataba de mi compañera del grupo de literatura, se llama Paty (siempre he sentido su empatía), nos dio gusto saludarnos, conversamos de nosotras, de nuestro taller y justo ella me comentaba este podía ser un buen tema para escribir y ahora veo que tenía razón.

## II. Perpetuo

Él era taciturno, indescifrable  
su imagen semejaba más a una provocación de Eros.  
Ella lo reconocía,  
de su mirada surgía un color deseo  
y cuando hablaba, de su boca emanaba un color  
violeta envolvente,  
de sus brazos salían cordeles de colores que  
la jalaban contra su cuerpo de una manera  
intensa y arrebatada.  
Sus manos ágiles, complacientes;  
furtivamente poseían su piel, sus rincones más  
íntimos.  
Los labios de él paladeaban su exquisito cuerpo de  
mujer.  
La conjunción perfecta de sus olores, sus sabores,  
esas humedades que denotaban el calor de sus  
cuerpos,  
la desbordante pasión.

Y él como buen amante fundía su boca a la de ella  
en un beso tan provocativo, ardiente e intenso  
del que ella nunca podría regresar.

Y en esa incandescencia ella monta el vuelo  
en su unicornio hacia un viaje celestial.

Un solo aliento, gemidos de placer,  
ríos desbordantes,  
espasmos y sollozos,  
pérdida de conciencia.

Sus miradas cómplices se entretejen para robarse  
un pedazo de alma, para no regresarlo jamás  
y así, sólo así, hacerlo  
perpetuo.

**Chelseae Yarazel Carrillo Carrillo** (Estado de México, 1992), ha radicado en Zacatecas por ya más de diez años. Es poeta y ensayista. Estudió la licenciatura en Letras en la Universidad Autónoma de Zacatecas. Fue colaboradora en el suplemento cultural *Tachas* del periódico *Es lo Cotidiano* en la ciudad de Guanajuato, así como en el suplemento *La soldadera* del periódico *El sol de Zacatecas*. Ha impartido talleres de creación literaria para jóvenes, con especial orientación en poesía. Además, ha participado en diversos congresos, dentro y fuera del estado.

## **Las notas**

Una nota. Dos notas.

Qué son.

Ausencia o estadía, musas o pequeñas nínfulas.

Socorro o delirio.

Una nota. Dos notas.

Si se mantiene en suspenso es bella, si se derrumba todos lloran.

Por qué llamar así a la estructura ausente.

La nota es nada.

## **Letanía**

Escribo

porque quiero más tiempo.

Soy avariciosa.

Escribo

para los presentes que se ausentan.

Escribo

para que de la tierra crezca un suspiro

y de la noche una lágrima.

Escribo

como las abejas; en círculos y hacia el infinito.

Escribo

a veces, con fiebre en los huesos,

a veces, con humedad entre las piernas.

Escribo

para que del silencio nazca un grito.

## **Dos**

Uno aquí. Otro allá.

Por horas separados,  
sin pronto reencuentro.

Uno aquí. Otro allá.

Sintiendo el ahogo de los volcanes,  
rompiendo en llanto.

Uno aquí. Otro allá.

Corriendo con prisa,  
esperando el impacto.

Uno aquí. Otro allá.

Lleno de río,  
sediento de mar.



## **Nombre**

El epitafio heredado,  
la maldición de los abuelos,  
los últimos dones de mi madre.  
El avaro dueño de mis días y sueños.

## **Enamorada**

Yo quiero que me bese de la forma en que otros labios  
no han podido, y busque en mi interior los secretos  
para vivir eternamente.

Ande, venga, lo invitó a nadar en mis palabras,  
perderse en los rincones de mi corazón, y encender  
las antorchas de mi alma.

Eleve el ancla de sus sentimientos, que el orgullo no  
revive amores, ni el pasado a los muertos.

**María Refugio Grey Martínez** (Zacatecas, 1986). Es licenciada en Letras y maestra en Literatura Hispanoamericana por la Universidad Autónoma de Zacatecas. Es integrante activo del colectivo Líneas Negras. Ha trabajado como correctora de estilo en varias editoriales zacatecanas y en la actualidad ejerce esta profesión de forma independiente. Su escritura se ha enfocado, principalmente, en la creación de ensayos literarios de temáticas diversas.

## **Josefa Letechipía de González Un eco entre las voces zacatecanas olvidadas**

El presente ensayo pretende recuperar la figura de Josefa Letechipía de González como una de las mujeres que marcaron la diferencia en la literatura del siglo XIX, principalmente por pertenecer al ‘bello sexo’, por su rebelión frente a la domesticidad y por ser de provincia; asimismo, hace un intento por configurar una biografía apócrifa de la poetisa — denominación propia de la época—, de quien se carece de datos biográficos oficiales.

Para situarnos en el contexto de dicha autora, se hace una breve recapitulación de la historia de la

lectura y la escritura y cómo es que las mujeres poco a poco se ganan un lugar dentro de la misma. El recuento se hace de Europa a México, a manera de un triángulo invertido, de lo general a lo específico, hasta llegar a la escritora zacatecana. En la segunda parte se aborda la vida, relaciones, comentarios y publicaciones de la autora.

### **De cómo leer nos hizo escribir y viceversa: las letras en manos de las mujeres**

La historia de la lectura y escritura en Occidente está marcada por una serie de continuidades y rupturas. En Europa, la Revolución Industrial, la Reforma protestante y el movimiento ilustrado fueron acontecimientos decisivos para que el acceso a la lectura dejara de estar condicionado a ciertas clases sociales y se convirtiera en un proceso privado, individual, ‘en silencio’, hecho que propició la proliferación de la escritura en el mismo tenor.

Hasta antes de dichas revoluciones, la lectura y la escritura eran actividades supeditadas a los grupos de poder, bajo la dirección y censura de las autoridades civiles y eclesiásticas. La ideología de la Ilustración propagó una ‘lectura útil’ y los protestantes difundieron ‘mensajes de virtud’ a través de revistas morales a las que hacían llegar con

celeridad contenidos mundanos y laicos para sus lectores, principalmente burgueses: “Una lectura que fomentase una moral al mismo tiempo individual y socialmente útil constituía para el acaudalado comerciante tanto como para el afanado estudiante, para la honesta esposa como para el probo funcionario, no sólo una distracción y un placer, sino un auténtico deber moral.”<sup>1</sup>

Esta estrategia encontró eco entre el público lector femenino. Pues, debido al creciente bienestar económico, las esposas y las hijas de la burguesía disponían ahora de más tiempo libre. Su canon de lectura, que hasta comienzos del siglo XVIII se había ceñido a las obras religiosas y edificantes “[...] podía por fin ampliarse. En los semanarios morales se recomendaban “bibliotecas para mujeres” que [...] pretendían fomentar una formación “adecuada a sus circunstancias” y estrictamente circunscrita a sus deberes domésticos. [...] Aplacaban la sed de conocimientos de las mujeres con relatos de viajes y fábulas, incluso con novelas de sagas familiares inglesas.”<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> Richard Withman, “¿Hubo una revolución en la lectura a finales del siglo XVIII?”, en Guiglielmo Cavallo y Roger Chartier, *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Taurus, Madrid, 2001, pp. 509-510.

<sup>2</sup> Cfr. Guiglielmo Cavallo y Roger Chartier, op. cit., pp. 497-537.

Pese a que en México sucedía algo similar, en palabras de Lila Granillo Vázquez y Esther Hernández Palacios, según los libros de texto y la historiografía literaria escrita en el siglo XX, “las mexicanas no escribieron nada desde el siglo de Sor Juana hasta el de María Enriqueta,”<sup>3</sup> además de que, aunque estudios posteriores demostraron que no ocurrió de esa manera, la escritura de las mujeres siempre se mantuvo aparte por el sistema patriarcal.

Es en el Romanticismo, movimiento que encontró en el país tierra fértil para asentarse y florecer, dada la idiosincrasia mexicana. Se decía que la razón era una cualidad masculina y la emoción era una cualidad femenina; además de la diferenciación de espacios: lo masculino a lo público, lo femenino a lo privado. Este movimiento artístico privilegiaba la intuición sobre la razón, por lo que lo femenino “se elevaba a un rango nunca reconocido hasta entonces”<sup>4</sup> y por lo que se le vio como un ‘movimiento feminizado’.

---

<sup>3</sup> Lilia Granillo Vázquez y Esther Hernández Palacios, “De reinas del hogar y de la patria a escritoras profesionales. La edad de oro de las poetisas mexicanas”, en Belem Clark de Lara y Elisa Spekman Guerra. *La República de las Letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, vol. 1, México, UNAM, 2005. p. 121.

<sup>4</sup> Montserrat Galí Boadella, *Historias del Bello Sexo. La introducción del Romanticismo en México*, UNAM, 2002, p. 25.

Así pues, es hasta a principios del XIX que se le da un espacio a la mujer en el ámbito literario, que se convierte en objeto y sujeto de la escritura: “ella será la principal destinataria de la poesía, ella será también la más asidua consumidora de poesía y novelas.”<sup>5</sup> Sin embargo, pese a que la mujer se idealizaba en cuanto a objeto de escritura, se le encerraba en la casa y se le negaba un papel en la esfera pública. No obstante, de acuerdo con Galí Boadella, entre otras aportaciones, “[...] el Romanticismo sentó las bases para su educación y contribuyó de manera decisiva al reconocimiento de sus capacidades intelectuales, aunque éstas se limitaran por el momento a la imaginación y la intuición.”<sup>6</sup>

Al igual que la burguesía europea, la sociedad burguesa mexicana propició que el bello sexo “tuviera el tiempo necesario para la lectura de novelas y poesía, y también para la escritura de diarios, poemas y cartas, ejercicios que ayudaron a la toma de conciencia del yo femenino.”<sup>7</sup> Las mujeres poco a poco se fueron abriendo paso, hasta tener un lugar propio en la literatura, incluso hasta apoderarse de los medios y poseer empresas culturales.

---

<sup>5</sup> *Ibidem*, p. 20.

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 26.

<sup>7</sup> *Idem*.

Esta creciente apertura hacia el sexo femenino dentro de las artes se dio principalmente al centro del país, pero eso no significa que no ocurriera lo mismo —que no en menor cantidad, pero sí en menor reconocimiento— en provincia. Podemos mencionar mujeres que picaron piedra y edificaron sus propias construcciones, como Esther Tapia de Castellanos, María Enriqueta Camarillo, Laura Méndez de Cuenca, Isabel Pesado, Isabel Prieto de Landázuri, Josefa Murillo Clarín, entre otras; además de las zacatecanas María Figueroa, Guadalupe y Soledad Calderón, y Josefa Letechipía de González, a quien erróneamente se le atribuye el gentilicio jalisciense por haber publicado en revistas de Guadalajara.

### **Josefa Letechipía de González**

Como se mencionó al principio del texto, se sabe poco acerca de los datos biográficos de Josefa Letechipía de González, de quien aún no se ha escrito oficialmente sobre su vida. Suponemos que debe su nombre al día en que nació, un 19 de marzo, de acuerdo con el santoral, pero se desconoce el año.<sup>8</sup> No obstante, existen referencias dispersas

---

<sup>8</sup> Cfr. María Teresa Espinosa, “Josefa Letechipía, poeta zacatecana”, en *La Gualdra*, suplemento cultural de *La Jornada Zacatecas*, núm. 139, p. 3.

sobre la autora, de las cuales echaremos mano para configurar una ‘biografía apócrifa de segunda mano’, tales como el elogio dado por figuras literarias reconocidas de la época, las redes de parentesco, las amistades literarias y, por supuesto, su obra.

### **La conocemos ‘de oídas’ o lo que dicen los otros**

En este apartado retomaremos lo que dicen otros escritores sobre la autora que nos concierne con la finalidad de señalar su importancia dentro de las letras mexicanas que se publicaban fuera de la capital, al punto de considerarla como modelo de escritura. Una aportación es la que hace Zamaçoiz, escritor español, en 1852, en su artículo *Poetas y poetisas o ellos y ellas*, quien “propone a los ‘pollitos poetas’ que imiten la escritura de ‘ellas’, como la de Josefa Letechipía; quien así se convierte en la primera elevada a modelo literario.”<sup>9</sup>

Otra observación rescatable es el comentario hecho por las mismas autoras del ensayo que se ha manejado hasta el momento: “Muchas ex aristócratas como Isabel Pesado, o de la naciente burguesía, como

---

<sup>9</sup> Lilia Granillo Vázquez y Esther Hernández Palacios, *op. cit.*, p. 132.



Josefa Letechipía de González, contradicen las caracterizaciones de ‘sucias, tontas e iletradas’ que la marquesa Calderón de la Barca descubría al mirar a las mexicanas con los catalejos de la ideología eurocentrista y dominante.”<sup>10</sup>

Ambas referencias críticas que elogian la escritura de Letechipía funcionan como una pulcra carta de presentación y destacan la maestría de su pluma frente a la escritura de sus contemporáneos, tanto de hombres como mujeres.

### **Redes de parentesco**

Parafraseando el texto de Granillo y Hernández, las mujeres echaron mano de las redes de parentesco con la élite intelectual, ‘estrategia de sociabilización –y empoderamiento– muy femenina’, como una manera de romper el silencio y de transgredir, ‘gracias a la mediación y a los privilegios de clase’, el confinamiento doméstico. Estas relaciones “favorecieron el acceso de las mexicanas al espacio público de la literatura para, posteriormente, construir un espacio poético propio.”<sup>11</sup>

---

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 124.

<sup>11</sup> *Ibidem*, p. 134.

En el caso de Josefa, cabe señalar que además de ser esposa de Fernando Calderón, era hermana de Pedro Letechipía, un militar notable por defender de Maximiliano la República, quien por esa razón ocupó el primer lugar en la Rotonda de los Hombres Ilustres.

### **Amistades literarias**

En la literatura del siglo XIX se ha destacado la existencia de correspondencia poética o dedicatorias literarias que hablan de una fraternidad artística y creativa entre las mujeres.

Josefa Letechipía mantenía amistad poética con Guadalupe Calderón, quien le ofrece a su concuña unos versos dedicados a su hermano Fernando. De acuerdo con Galí Boadella, esta es la primera vez que existe constancia de amistades poéticas entre mujeres.<sup>12</sup>

Josefa Letechipía de González practicará la amistad literaria dedicándole un poema a una poetisa lejana geográficamente, pero cercana en admiración —misma que por ella sintieron las románticas mexicanas—: “A la señorita Carolina Coronado, por Josefa Letechipía de González”.<sup>13</sup> En dicha

---

<sup>12</sup> Montserrat Galí Boadella, *op. cit.*, pp. 363 y 377.

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 378.

composición, Josefa cita además a Gertrudis Gómez de Avellaneda, a Safo y a Teresa de Ávila, con lo que la hermandad poética se amplía en el tiempo.

## **Publicaciones**

Puede decirse que las producciones poéticas femeninas compartían una misma temática que oscilaba entre tópicos contados. Granillo y Hernández, al hablar de Ester Tapia, resumen la temática de su obra en las siguientes palabras, que se pueden aplicar también a la generalidad de las escritoras y, en este caso, a Josefa Letechipía: “dedicar poemas a los hijos, escribir profusamente acerca de la maternidad, el matrimonio, la pureza y el valor de la esposa como pilar de la familia, modelan la obra de [las poetisas mexicanas] en el discurso genérico (doméstico) de la época; mientras que los poemas a la nación mexicana [...] las inscriben dentro del discurso político (público).”<sup>14</sup> A continuación se enlistan cronológicamente algunos de los textos de la autora ubicados en sus respectivas publicaciones.

Bajo el seudónimo de ‘Una Zacatecana’, le recibían numerosas poesías en distintas revistas.

---

<sup>14</sup> Lilia Granillo Vázquez y Esther Hernández Palacios, *op. cit.*, p. 136.

Publicaba en *La Aurora Poética*, *La Semana de Señoritas Mexicanas* y otros periódicos literarios de Guadalajara y la capital.<sup>15</sup> En *El Museo Mexicano*, son más frecuentes las colaboraciones de mujeres del interior de la República que de la capital, Josefa Letechipía no era la excepción.<sup>16</sup>

La misma Zacatecana en *El Álbum Mexicano* hace otra colaboración en 1849: *A un rosal, el día de la partida de mi hijo*. La pérdida dolorosa de un hijo es la tragedia por antonomasia, muchas composiciones como se mencionó líneas arriba, giraban en torno a dicho suceso.

En la Biblioteca Nacional de España se conserva la hoja volante *A la memoria del señor don Francisco García*, que fuera impresa por Aniceto Villagrana en la Imprenta de Gobierno de Zacatecas, poesía fúnebre escrita por Josefa Letechipía, fechada en Zacatecas, en 1842.<sup>17</sup>

Fue incluida en la segunda edición de *Historia Crítica de la poesía en México*, de Francisco Pimentel, en 1862, al lado de Heraclia Badillo, D. Guerrero, T. Vera, Isabel Pesado y Juana Ocampo.<sup>18</sup>

---

<sup>15</sup> Lilia Granillo Vázquez y Esther Hernández Palacios, *op. cit.*, p. 136.

<sup>16</sup> Montserrat Galí Boadella, *op. cit.*, pp. 358-361.

<sup>17</sup> Lilia Granillo Vázquez y Esther Hernández Palacios, *op. cit.*, p. 138.

<sup>18</sup> *Ibidem*, p. 140.

Respecto de los encargos oficiales de personalidades de gobierno, hay noticia de que aparece en las publicadas con motivo de la “Exposición Colombina de Chicago”, como la editada en la Escuela de Artes y Oficios dirigida por Mariano Mariscal, en 1893. Dicha compilación fue arreglada ‘exprofesamente’ para tal certamen y en ella se incluyen, además de los textos de Letechipía, otros de María Figueroa, ‘la progenitora de la poesía zacatecana’; Elodia Ruiz, Soledad Arias, Refugio Murguía de Ferniza, Manuela Rodríguez, Guadalupe y Soledad Calderón (hermana e hija de Fernando Calderón, respectivamente).<sup>19</sup>

También fueron recuperados sus textos en *Parnaso Mexicano*, cuadernillos de poesía con periodicidad quincenal, dirigido por Vicente Riva Palacio, en 1885 y 1886.

---

<sup>19</sup> *Colección de varias composiciones poéticas de señoras zacatecanas*, Ediciones tipográficas de la Escuela de Artes y Oficios a cargo de Mariano Mariscal, Zacatecas, 1983, p. 5.



# Y son nombres de mujeres

Antología de escritoras zacatecasas



ZACATECAS

SECRETARÍA DE LAS  
MUJERES



Lineas Negras